

GREGORIA, imitando, sin saberlo, á las brujas de Macbeth.

¡Senén, tú serás ministro!

SENÉN

¿Ministro yo? No, no: mi ambición, como nacida del lodo, no quiere viento, sino barro, barro substancioso que amasar. *Mis tendencias* son á lo positivo; *tiendo* á ganar dinero, mucho dinero. No me conformo con un sueldo más ó menos cuantioso; ambiciono más, ambiciono el trabajo libre...

GREGORIA

Manos libres, quieres decir.

VENANCIO. (Da un cigarro á Senén, y fuman los dos.)

Lo que tú buscas, tunante, es una dote; andas á la husma de una rica heredera.

GREGORIA

Por eso vistes tan elegantito, y te quitas el pan de la boca para comprarte trapos... Por eso gastas anillos, y te echas esencia en el pañuelo. Vaya que hueles bien. (Oliéndole.) ¿Qué es eso? ¿Heliotropo?

SENÉN, reventando de fatuidad.

Es mi perfume favorito... Pues no he pensado en casarme, y lo pruebo. Claro, si se me presentase una buena ganga matrimonial, no la desperdiciaría. Estamos á la que salta.

GREGORIA

Por un camino ó por otro, has de ser rico.

VENANCIO

Á trabajar, se ha dicho. En la corte hay mil maneras de afanar el garbanzo.

GREGORIA

Allí donde hay bambolla, derroche, y donde los ricos por su casa gastan, según dicen, más de lo que tienen, el pobre allegador, económico y despabilado como tú, sabe encontrar piltrafa. Ahí tienes el caso del señor Conde. Toda su riqueza se ha repartido entre muchos que andaban quizás con los codos al aire.

VENANCIO

Prestamistas, curiales, cuervos y buitres, y todos los golosos de carne muerta.

SENÉN, desdeñoso.

Mal fin ha tenido el prócer. Vaya usted preparando, Gregoria, las buenas calderadas de patatas, las sopitas de leche, para que se acostumbre á la frugalidad, y olvide sus hábitos gastronómicos.

GREGORIA

No, no: lo que es hoy, al menos, si viene, tengo que prepararle una buena comida.

VENANCIO

Como se entretenga en Polan y no coja el coche que ha salido de allí á las diez, no vendrá hasta mañana.

SENÉN

Me inclino á creer que le veremos venir en carreta, porque el buen señor padece tal *tronitis*, que no tendrá para el coche.

GREGORIA

No exageres... Esos nobles arrumbados siempre guardan algo para sus últimas, y también te digo que suelen encontrar algún tonto que les alimente los vicios.

SENÉN

Albrit no tiene más vicios que la rabia de verse pobre, y el orgullo de casta, que se le ha recrudecido con la pobreza.

GREGORIA, intranquila.

Dimé, Senén, ¿y al señor Conde no le dará la ventolera de quitarnos á las niñas?

SENÉN

¿Para qué?... ¿Y á dónde las lleva?

VENANCIO

Á un colegio de Francia.

SENÉN

No temáis perder esta ganga. El Conde no tiene con qué pagarles un buen colegio, y la mamá no está por esos gastos, que *dejarían indotado* su presupuesto. Todo es poco para ella. Además, la presencia de las niñas en sociedad junto á ella, la envejece. *Su obsesión* es ser joven, ó parecerlo.

VENANCIO

Su... ¿qué has dicho? ¡Vaya unas palabras finas que te traes!

GREGORIA, incomodándose.

Pero ya son crecidades, jinojo... Algún día tiene que presentarlas en la corte, casarlas...

SENÉN

¿Casarlas? Dificilillo es... y lo pruebo.

GREGORIA

¿Cómo no, si son tan monas?

SENÉN

Les concedo el buen palmito. Pero cualquiera carga con ellas, educadas en la ñoñería, con hábitos y maneras de pueblo, y, por añadidura, pobres... porque la Condesa está dando aire á la fortuna, y cuando toquen á liquidar, no habrá más que pagarés vencidos, cuentas no liquidadas, y el diluvio... Ya lo dijo Luis XV (estropeando el francés): *Apré muá, le diluch*.

GREGORIA, incomodándose más.

La madre será lo que quieran: una feróstica, una púa extranjera; pero Dorotea y Leonor á ella no salen, digo que no salen... y lo pruebo también.

VENANCIO

Son buenísimas, aunque algo traviesas; almas puras, ángeles de Dios, como dice D. Carmelo.

GREGORIA

Créelo, Senén; las quiero como si fueran mis hijas, y el día que se las lleven me ha de costar algunas lágrimas.

SENÉN, con impertinencia.

¿Y de instrucción, qué tal?

VENANCIO

Poca cosa les enseña D. Pío, el maestro jubilado del pueblo. Sobre que él sabe poco; no tiene carácter, y las chicas le han tomado por monigote para divertirse.

GREGORIA

Todo el día se lo pasan enredando. Ya se ve: no están en su esfera, como dice Angulo, nuestro médico.

VENANCIO, repitiendo una frase del Doctor.

Su institutriz es la Naturaleza, su elegancia la libertad, su salón el bosque. Bailan al compás de la mar con la orquesta del viento.

SENÉN, que se levanta, recordando con inquietud algo que había olvidado.

¡Buena la hemos hecho!

VENANCIO

¿Qué te pasa?

SENÉN

Que con tanto charlar se me olvidó el encargo del señor Alcalde.

GREGORIA

¿Para nosotros?

SENÉN

Sí... ¡qué cabeza! Pues que inmediatamente le llevéis las niñas, para que la Condesa las vea en cuanto llegue.

VENANCIO

Es natural. Y comerán allí.

SENÉN

¿Están en casa?

GREGORIA

De paseo andan por el bosque. (Mirando hacia la izquierda.) No las veo.

VENANCIO

Correteando, y de juego en juego, se habrán ido á media legua de Jerusa.

GREGORIA, incomodándose más.

La madre será lo que quieran: una feróstica, una púa extranjera; pero Dorotea y Leonor á ella no salen, digo que no salen... y lo pruebo también.

VENANCIO

Son buenísimas, aunque algo traviesas; almas puras, ángeles de Dios, como dice D. Carmelo.

GREGORIA

Créelo, Senén; las quiero como si fueran mis hijas, y el día que se las lleven me ha de costar algunas lágrimas.

SENÉN, con impertinencia.

¿Y de instrucción, qué tal?

VENANCIO

Poca cosa les enseña D. Pío, el maestro jubilado del pueblo. Sobre que él sabe poco, no tiene carácter, y las chicas le han tomado por monigote para divertirse.

GREGORIA

Todo el día se lo pasan enredando. Ya se ven no están en su esfera, como dice Angulo, nuestro médico.

VENANCIO, repitiendo una frase del Doctor.

Su institutriz es la Naturaleza, su elegancia la libertad, su salón el bosque. Bailan al compás de la mar con la orquesta del viento.

SENÉN, que se levanta, recordando con inquietud algo que había olvidado.

¡Buena la hemos hecho!

VENANCIO

¿Qué te pasa?

SENÉN

Que con tanto charlar se me olvidó el encargo del señor Alcalde.

GREGORIA

¿Para nosotros?

SENÉN

Sí... ¡qué cabeza! Pues que inmediatamente le llevéis las niñas, para que la Condesa las vea en cuanto llegue.

VENANCIO

Es natural. Y comerán allí.

SENÉN

¿Están en casa?

GREGORIA

De paseo andan por el bosque. (Mirando hacia la izquierda.) No las veo.

VENANCIO

Correteando, y de juego en juego, se habrán ido á media legua de Jerusa.

SENÉN

¿Y las dejáis andar solas por el bosque?

GREGORIA

Solitas van. Todo el mundo las respeta.

VENANCIO

Hay que ir corriendo á buscarlas.

SENÉN

Si queréis, iré yo... ¿No saben todavía que hoy viene su mamá?

GREGORIA

No lo saben... ¡pobres hijas!

SENÉN

Pues yo se lo diré, y las traeré por delante, como un pavero de Navidad.

VENANCIO

Las encontrarás, de fijo, bosque arriba, en el sendero de Polan... Pero mira, chico, no les hagas la corte. Verdad que sería inútil.

SENÉN, con ganas de irse pronto.

¿La corte yo?... ¿Yo, *este cura*? ¡Señoritas que no viven en *su elemento* y reunen todo lo malo, orgullo y pobreza...!

GREGORIA

Están verdes.

SENÉN

Que las madure quien quiera. ¿Decís que bosque adentro?...

VENANCIO

Vete, y tráelas pronto.

GREGORIA

Vivo... (Viéndole partir.) ¡Vaya un pájaro!

VENANCIO

¡Vaya un peje!

ESCENA III

Bosque en las inmediaciones de Jerusa, formado de corpulentos robles, hayas y encinas. Lo atraviesa un tortuoso sendero, donde se ven los surcos trazados por los carros del país. Por el Norte, formidable cantil de roca y conglomerado, en cuyos cimientos baten las olas del mar; al Sur cierra el paisaje la espesura de la vegetación; hacia el Oeste serpentea y se subdivide el sendero, atravesando algunas calvas y espesos matorrales.

LEONOR y DOROTEA, niñas de quince y catorce años respectivamente, lindas, graciosas, de tipo aristocrático, la tez bronceada por el aire marino y el sol. Son negros sus ojos, rasgados, melancólicos; negro también su cabello, peinado al descuido en moño alto. Se lo adornan con flores silvestres, que van clavando en él como se clavan los alfileres en un acerico. La diferencia de edad, un año y meses, apenas en ellas se distingue, y por gemelas las tienen muchos, viendo la semejanza de sus rostros,

y la igualdad del tallo y estatura. Son ágiles, correntonas, traviesas: dos diablillos encantadores. Visten, con sencillez graciosa y elegancia no aprendida, trajecitos claros, cortados y cosidos en Jerusa. La modestia da más realce á su gentileza vivaracha, y les imprime cierta gravedad dulce cuando están quietas. Desde la niñez, su madre, irlandesa, las nombraba con los diminutivos ingleses NELL y DOLLY, y estos nombres exóticos prevalecieron en Madrid como en Jerusa. Las acompaña y juega y brinca con ellas un perrito canelo, de pelo largo y fino, hocico muy inteligente, rabo que parece un abanico. Atiende por *Capitán*.

DOLLY

Estoy cansada; yo me siento. (Se recuesta en el tronco de un roble.)

NELL

Estoy entumecida; yo quiero correr. (Disparándose en carrera circular, vuelve al punto de partida.)

DOLLY, mirando á la copa del árbol.

¡Qué gusto poder subir y posarse en una rama!... ¡Nell!

NELL

¿Qué quieres?

DOLLY

Decirte una cosa. ¿Qué te apuestas á que me subo á este árbol?

NELL

Te desgarrarás el vestido...

DOLLY

Lo cōseré... sé coser tan bien como tú... ¿Á que me subo?

NELL

No está bien. Nos tomarían por chiquillas de pueblo.

DOLLY, que suspendiéndose de una rama, se balancea.

Pues ser chiquilla de pueblo ó parecerlo, ¿crees tú que me importa algo? Dime, Nell, ¿andarías tú descalza?

NELL

Yo no.

DOLLY

Yo sí... Y me reiría de los zapateros. (Viendo que Nell se sienta y saca un librito.) ¿Qué haces?

NELL

Quiero repasar mi lección de Historia. Ya hemos corrido bastante; estudiemos ahora un poquito. Acuérdate, Dolly: ayer, D. Pío te dijo que no sabes jota de Historia antigua ni moderna, y en buenas formas te llamó burra.

DOLLY

Burro él... Yo sé una cosa mejor que él: sé que no sé nada, y D. Pío no sabe que no sabe ni pizca.

NELL

Eso es verdad... Pero debemos estudiar algo, aunque no sea más que por ver la cara que po-

ne el maestrillo cuando le respondemos bien. Es un alma de Dios.

DOLLY

Mejor la pone cuando le damos alguna golosina, de las que guardamos para *Capitán*.

NELL

Anda, ven; estudiemos un poquito. ¿Sabes que es un lío tremendo esto de los Reyes godos?

DOLLY

El demonio cargue con ellos. Son ciento y la madre... y con unos nombres que pican como las zarzas, cuando una quiere metérselos en la memoria.

NELL

Ninguno tan antipático y majadero como este señor de Mauregato.

DOLLY

¡Valiente bruto!

NELL

Nada: que tenían que echarle cien doncellas por año para desenfadarle.

DOLLY

Para desengrasar, como dice D. Carmelo.

NELL

La verdad es que la Historia nos trae acá mil chismes y enredos que no nos importan nada.

DOLLY. (Siéntase junto á su hermana. El perro se echa entre las dos.)

Figúrate qué tendremos que ver nosotras con que hubiera un señor que se llamaba Julio César, muy vivo de genio... Ni qué nos va ni nos viene con que le matara otro caballero, cuyo nombre de pila era Bruto... ¿A mí qué me cuenta usted, señora Historia?

NELL

Pero, hija, la ilustración... ¿Á ti no te gustaría ser ilustrada?

DOLLY, acariciando al perrito.

Ilústrate tú también, *Capitán*. La verdad: me carga la ilustración desde que he visto que también se ha hecho ilustrado Senén. ¿Te acuerdas de cuando estuvo aquí hace dos meses, creyendo que venía mamá?

NELL

Sí: á cada instante sacaba la Edad Media, y qué sé yó qué.

DOLLY

¡Qué tendremos nosotras que ver con las edades medias ó partidas!... Y el mejor día nos salen con que á Cleópatra le dolían, las muelas.

NELL

Ó que á Doña Urraca le salieron sabañones.

33759

DOLLY

Pero, en fin, nos ilustraremos algo, puesto que mamá, en todas sus cartas, nos manda que aprendamos, que seamos aplicaditas.

NELLY

Mamá nos idolatra; pero no nos lleva consigo. (Con tristeza.) ¿Por qué será esto?

DOLLY

Porque, porque... ya nos lo ha dicho. Como nos criamos tan raquiticas, quiere que engordemos con los aires del campo. Ya sabe mamá lo que hace.

NELLY

Mamá es muy buena. Pero que venga al campo con nosotras á robustecerse también.

DOLLY

Tonta, ¿no le oíste decir que se espanta de engordar, y que lo que quiere ahora es enflaquecer?

NELLY

Gorda ó flaca, mamá es guapísima.

DOLLY

Sí que lo es... Ya nos llevará consigo cuando seamos mayores. Yo no tengo prisa.

NELLY, rayando la tierra con su dedito.

Como prisa, yo tampoco:

DOLLY

Me gusta el campo.

NELLY

Y la soledad, ¡qué me gusta!

DOLLY

En la soledad piensa una mejor que entre personas.

NELLY

¡Y esta libertad...!

DOLLY, poniendo en dos patas al perrito.

Yo te digo una cosa: creo que cuanto más salvajes, más felices somos.

NELLY

Eso no: la civilización, Dolly...

DOLLY

Me carga la civilización desde que oigo hablar tanto de ella á nuestro amigo el Alcalde, que se ha hecho rico y personaje fabricando fideos.

NELLY, mordiendo el palo de una florecita.

Salvaje no quiero yo ser... ni civilizada á estilo de D. José Monedero. También te digo que dentro de la civilización puede existir la soledad que tanto me agrada. ¿A ti no se te ha ocurrido alguna vez ser monjita?

DOLLY

¡Ay, no! nunca he pensado en eso.

NELL

Yo sí, sobre todo cuando nos llevan á misa á las Dominicanas. ¡Qué iglesita más mona y más sosegada! Me figuro yo que de aquellas rejas para dentro hay una paz, una tranquilidad...

DOLLY, recogiendo piedrecitas.

La religión es cosa bonita... lo mejor entre lo bueno. El rezar consuela... Pero eso de estar siempre rezando, siempre, siempre... francamente, hija... Y metida entre rejas, como están las monjás, ni ves árboles, ni ves flores...

NELL

Tonta, si tienen huertas y jardines...

DOLLY

Pero no ves el mar.

NELL

¡Bah!... Veo á Dios, que es más grande.

DOLLY

¡Si Dios está en todas partes! ¿Crees que no está también aquí, oyendo todo lo que decimos?

NELL

Pero no le vemos ni le oímos nosotras.

DOLLY

Hay que mirar bien, Nell, y escuchar calladito. (Pausa. Las dos, silenciosas y un tanto sobrecogidas, exploran con lento mirar el horizonte, mar y cielo, y la sombría espesura del bosque.)

NELL

¿Qué oyes?

DOLLY

Como un aliento muy grande. ¿Y tú, qué ves?

NELL

Como una mirada grandísima. (Otra pausa larga. Bruscamente, como quien vuelve sobre sí, se incorpora.) Pero se nos va el tiempo charlando, y no hemos estudiado ni una letra.

DOLLY

¡Está el día tan hermoso!

NELL

Salimos con ganas de leer. Tú dijiste que estudiaríamos en el campo mejor que en casa.

DOLLY

Porque allí nos molestaban los berridos de Venancio.

NELL, repitiendo una frase de su maestro.

¡Sus, valientes, y á los libros! (Dando á su hermana el manualito de Historia.) Mira, lees en alta voz, y así nos enteramos las dos á un tiempo.

DOLLY. (Toma el libro y levántase de un brinco.)

Dame acá. ¿Sabes lo que se me ourre? Que conviene que se instruyan también los pájaros... Toda la ciencia no ha de ser para nosotras. (Lanzando el libro á los aires con fuerte impulso.)

NELL

¿Qué haces, tonta? (El libro, abierto en el aire y dando al viento sus hojas, describe una curva, y se detiene al fin en una rama de encina, como pájaro que se posa.)

DOLLY

Ya lo ves. (El perro se entrega al trajín inocente de cazar moscas.)

NELL

¡Buena la has hecho! ¿Y cómo lo cogemos ahora?

DOLLY

De ninguna manera. Los pájaros se enterarán ahora de lo que hicieron D. Alejandro Magno, el señor de Atila y el moro Muza.

NELL, riendo.

¡Si á los pajaritos todo eso les tiene sin cuidado!

DOLLY

Como á mí.

NELL

¡Vaya un compromiso! ¡Si pasara por ahí un chiquillo que se subiera á cogerlo!

DOLLY

Me subiré yo. (Disponiéndose á encaramarse en la encina.)

NELL, tirándole de la falda.

No, no, que te desnucas.

DOLLY

Espérate; le tiraré piedras á ver si se atonta y cae. (Hace lo que dice.)

NELL

Hay viento... Puede que vuele el libro.

DOLLY

¡Ay, no, que es muy pesado! (Tirando piedras.) A mí, bribón; baja, ven acá... (El perro cree de su obligación ladrar fuertemente al libro para que baje.)

NELL, sintiendo pasos.

Basta, Dolly. Viene gente... ¡Qué vergüenza! Te tomarán por una desarrapada del pueblo.

DOLLY

¿Y qué me importa?

NELL

Que te estés quieta. (Mirando á lo largo del sendero.) Aquí viene un señor, un hombre... por el camino que baja de Polan, ¿ves?... Mira. (Aparece por entre los robles el Conde de Albrit, con lento paso.)

DOLLY

No le veo.

NELL

Mírale... Se ha parado al vernos, y allí le tienes como una estatua. No nos quita los ojos...

ESCENA IV

NELL y DOLLY.—D. RODRIGO DE ARISTA-POSTAD, CONDE DE ALBRIT, MARQUÉS DE LOS BAZTANES, SEÑOR DE JERUSA Y DE POLAN, GRANDE DE ESPAÑA, etc... Es un hermoso y noble anciano de lengua barba blanca y corpulenta figura, ligeramente encorvado. Viste buena ropa de viaje, muy usada; calza gruesos zapatones, y se apoya en garrote nudoso. Revela en su empaque la desdichada ruina y acabamiento de una personalidad ilustre.

NELL, observándole medrosa.

Es un pobre viejo... ¿Por qué nos mira así? ¿Nos hará daño?

DOLLY

Parece el Santa Closs de los cuentos ingleses. Pero no trae saco á la espalda.

NELL

¿Sabes que tengo miedo, Dolly?

DOLLY

Yo también. ¿Será un mendigo?

NELL

Si tuviéramos cuartos, se los daríamos... ¡Ay, no se mueve!...

DOLLY

Y ahora, en nosotras clava los ojos...

NELL, palideciendo.

Parece que habla solo... ¡Qué miedo!

DOLLY, trémula.

Y no pasa un alma. Si llamamos, nadie nos oirá.

NELL

No nos hará nada, creo yo.

DOLLY

Lo mejor es hablarle.

NELL

Háblale tú... Dile: «Señor mendigo...»

DOLLY

Mendigo no es. Parece más bien una persona decente mal trajeada. (Lánzase el perrillo con furiosos ladridos hacia el Conde.)

NELL

Capitán, ven acá...

DOLLY

¡Ay, Nell, yo conozco esa cara!...

NELL

Y yo también. Yo le he visto en alguna parte... ¡Ay, ay! (Se juntan las dos, como para proteger-